

Internacionalismo, fortaleza y antropofagia

Vuelvo a Barcelona en estos días de agosto, la atmósfera prieta, pegajosa. Y me encuentro con una interesante sorpresa: el número extraordinario de la revista madrileña "Cuadernos para el Diálogo" dedicado a la cultura del país: "Cultura catalana. Perspectiva 70". No sé cuántos lectores tiene ahora esta publicación ni cuál es su eco internacional. Tampoco sabía, en diciembre de 1967, cuál era el peso exacto de la revista francesa "Europe", que consagró también un grueso número a la "Littérature catalane". Lo que sí sé, sin embargo, y lo sé con una convicción total, es que necesitamos con urgencia, dramáticamente si se quiere, de una proyección cosmopolita: que se nos conozca, que se nos tenga presente, que contemos en la hora de hacer balances sobre la creación en el mundo.

Y esto en nuestra exacta dimensión, sin exageraciones ni menosprecios. Los israelitas o los daneses, los portugueses o los sudafricanos, se encuentran en una situación casi idéntica: la necesidad de expansión cultural, de reconocimiento. Las culturas minoritarias se hallan siempre afectadas por este tremendo problema, agravado en la actualidad por la internacionalización arrolladora de las culturas mayoritarias gracias al poderío político-económico de los países que las segregan.

Defensa del hombre

No obstante, el asunto presenta dos caras: la del pez grande que se come al chico y la de la necesidad de defensa del hombre de hoy frente a los universalismos de fabricación en serie. Si nivelamos todos los pueblos y todas las razas siguiendo el criterio usado por la maquinación, pongo por caso, ¿adónde llegaremos? Fatalmente a crear una raza de robots, en la que un polinesio, un sueco, un iraquí, sean tan idénticos como pueden serlo los coches construidos en Milán, Chicago o Moscú. De ahí, de este salvaguardar las esencias propias, ha nacido tanto la creciente atención que en todo el mundo se presta a los fenómenos artístico-literarios locales o limitados, co-

mo el proceso de descolonización que afecta a varios continentes. Un boliviano, un checo, un argelino, quieren ser lo que son y no un reflejo despersonalizado de los Estados Unidos, Rusia o Francia.

La cultura catalana tiene, además, otro problema. El "casi" al que aludí más arriba: todos los países que he citado cuentan con un Estado propio, un Estado que tiene como lengua oficial la que habla la mayor parte de la población. Aquí, no: el idioma oficial es el castellano. Dejando aparte ahora una serie de cuestiones, y saltándonos la falta de escuela y de "mass media" en catalán, una evidencia nos presiona en todos, absolutamente todos los órdenes: intentar cubrir nosotros lo que las instituciones oficiales no hacen. Procurar, pues, asomarnos al exterior. El famoso "boom" de los literatos latinoamericanos, ¿no ha sido hecho, básicamente, desde fuera? ¿No trabajan en el extranjero, no se han impuesto en sus respectivos países después de ser conocidos en el extranjero? Cualquier nación, ¿no aspira comercial y políticamente a incidir en el concierto internacional?

Pero, ¡cuidado!: nuestra internacionalización vendrá de lo que consigamos hacer en nuestro ser y no de vestirnos con otros ropajes. Internacionalizarse no quiere decir desertar. Porque el desertor es, primordialmente, esto: un desertor. Lo cual no quiere decir, tampoco, que un desertor no pueda llegar a convertirse en un gran pintor, un gran escritor. Una planta tropical trasplantada a otro clima se metamorfosea en otra planta: generalmente en el misero boabab que tenía Tartarín de Tarascón en una maceta. O también, excepcionalmente, en Joseph Conrad. Pero Conrad es un escritor inglés, y como tal, nada tiene que ver con Polonia.

Estúpida guerra

Este planteamiento, sin embargo, queda cojo, porque no todas las trabas dependen de las circunstancias seculares adversas. Existen en el país especies

de tipos que cargan todas las dificultades en el vecino, arrojados en la creencia de la propia e inmaculada grandeza. Hay que empezar para vernos a nosotros mismos, y lo cierto es que hoy estamos enzarzados en una estúpida guerra de guerrillas los unos contra los otros. Hasta hace ocho o diez años, la cultura catalana batalló básicamente por su supervivencia, lo cual ocasionó un frente común correcto. No es que ahora hayamos vencido esta etapa, pero sí la hemos superado en una parte considerable: nadie duda del hecho natural catalán y la perspectiva, por lenta y tortuosa que sea, parece bogar a favor de sucesivas y parciales normalizaciones. Pero esta distensión, a la vez, ha roto la antigua cohesión y nos ha hundido, al menos en parte, en un caos inútil y risible, en el que la imprescindible autocritica y criba de valores degenera con frecuencia en ridículos autobombos y en apuñalamientos verbales del vecino. "Cataluña, devoradora de hombres", decía Gaziél. Yo no soy tan escéptico y me limitaría a calificarlo como minoría de edad. O subdesarrollo.

Hecho lamentable

Lo que ha ocurrido recientemente con Josep Carner ha sido lamentable. Carner, el "Príncipe" puro y sublime, el mito, vivía en el exilio. Cuando estaba en plena forma, por voluntad propia y por instigación de múltiples personas del interior, se mantuvo alejado. Y era entonces cuando Carner hubiera podido ser una pieza preciosa aquí para nuestra recuperación, como lo fueron Carles Riba o Ferran Soldevilla. Para mí—y suplico que nadie se duela leyendo esto, porque nada tiene que ver con posturas morales y políticas que comprendo y admiro—el exilio tendría que haber terminado radicalmente hace quince años: el Gobierno, a mi entender, pudiera haber promulgado entonces las disposiciones jurídicas que ha lanzado después hacia la paliación de este aspecto de la guerra civil, y los exiliados tendrían que haber vuelto. El exilio ha sido uno

de nuestros más profundos males: es aquí donde haremos el país de mañana. Bien, volvamos a Josep Carner. Carner queda afuera. Y Carner va enfermando, pierde la memoria, la resistencia física. Se le agudiza la nostalgia de Cataluña. Y se piensa en traerle. Pero no se piensa en colmar la nostalgia, lógica, del poeta, a través de un viaje discreto, el adecuado a su estado de salud. Se monta, por el contrario, un "show", un acto y unos desfiles públicos: se hace de Carner un acontecimiento civil. Para el cual estaba preparado el poeta quince años atrás, pero no ahora. La gente queda primero estupefacta y dolorida al contemplar a un anciano vacilante, incapaz de sostener una conversación. Pero la gente, después, comienza a hacer correr anécdotas sobre el poeta, sus fallas aparatosas, su precariedad. Pronto surgen los chistes...

Después de muerto...

Paralelamente, está la concesión del "Gran Premi de les Lletres Catalanes": se ha esparcido que sería para Carner, muchísimos ciudadanos opinan que debe ser para él, personas muy allegadas a los patrocinadores del premio han manifestado en privado que las cosas seguramente irán por este lado. ¿No son éstos, además, los que han organizado su venida? Estos y otros, ¿no patrocinaron su candidatura al Premio Nobel? Y se adjudica el premio a Joan Oliver, con la sorpresa del propio interesado... "Cuando vino la comisión a decirme—me contó Oliver, al día siguiente—, yo creía que era porque había muerto alguien. El país sólo se mueve para honrar cadáveres." Yo no tengo nada contra esta concesión ni me refiero a ella intrínsecamente. Sí tengo, en cambio, contra el montaje del "show" Carner y del ambiente Carner "Gran Premi". A partir de aquel momento, Carner, cansado, hecho objeto de comentarios jocosos, decepcionadas las personas que tenían con él relación íntima, es apartado de la circulación, y un buen día toma de nuevo el avión, fantasma vago y solitario. Para morir a continuación en Bruselas: y a su entierro apenas si va nadie de Cataluña apenas ninguno de los que antes habían volado allí y armado el tinglado carneriano. ¡Cuánta tristeza, cuánta!

Los ejemplos podrían sucederse. ¿No se ha iniciado ya una bajada del "papel" Salvador Espriu, catapultado hacia todas las famas hace media docena de años? ¿No es ya mirado con suspicacia por los mismos que lo jaleaban? Recuerdo que en mi última conversación con el poeta, hará un par de años, me confesó: "Mire, yo sé que me han binchado por una serie de razones que poco tienen que ver con mis libros. Ya verá como cualquier día me clavan agujas."

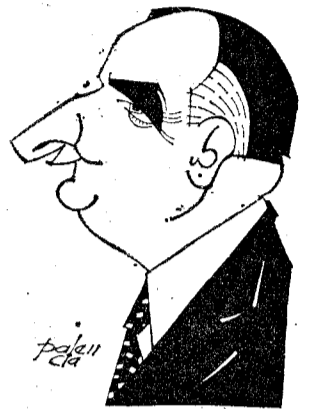
Felizmente, la obra de Carner, la obra de Espriu, están más allá de toda esta murga. Pero nosotros y nuestros problemas estamos más acá. Y es este más acá el que tenemos que resolver: fortalecernos en el interior, abrimos al exterior. Pero antes debemos dejar la antropofagia, todas las antropofagias.

Baltasar Porcel

Situación más clara

La «Nueva Sociedad» francesa

AL iniciarse el año en curso, parecía como si Francia iba a entrar en período de huelgas sistemáticas semejantes a las que han creado una situación económica y política tan difícil en Italia. El secretario general de la Confederación General del Trabajo, la más fuerte organización sindical francesa, bajo control comunista, hizo una declaración que equivalía al anuncio de un estado de guerra entre los Sindicatos y el Gobierno.



GEORGE POMPIDOU

Aquellas hostilidades entre los representantes del mundo obrero y las instituciones gubernamentales francesas debilitaron considerablemente al "premier" francés, Chaban-Delmas, que es indudablemente una de las personalidades políticas más interesantes que han surgido en aquel país después de la guerra. Ex miembro del partido radical-socialista, inspector de Hacienda como todo aspirante a la jefatura en Francia, Chaban-Delmas pertenece a la misma clase política de Mendes-France, Edgar Faure y el malogrado Félix Gaillard. Su actuación durante la Resistencia, en la que llegó a adquirir el grado de general, contribuyó a dar a su figura el esplendor heroico indispensable para ocupar un cargo ministerial en la Francia surgida después de la infamante derrota de 1940.

UNA ESPERANZA

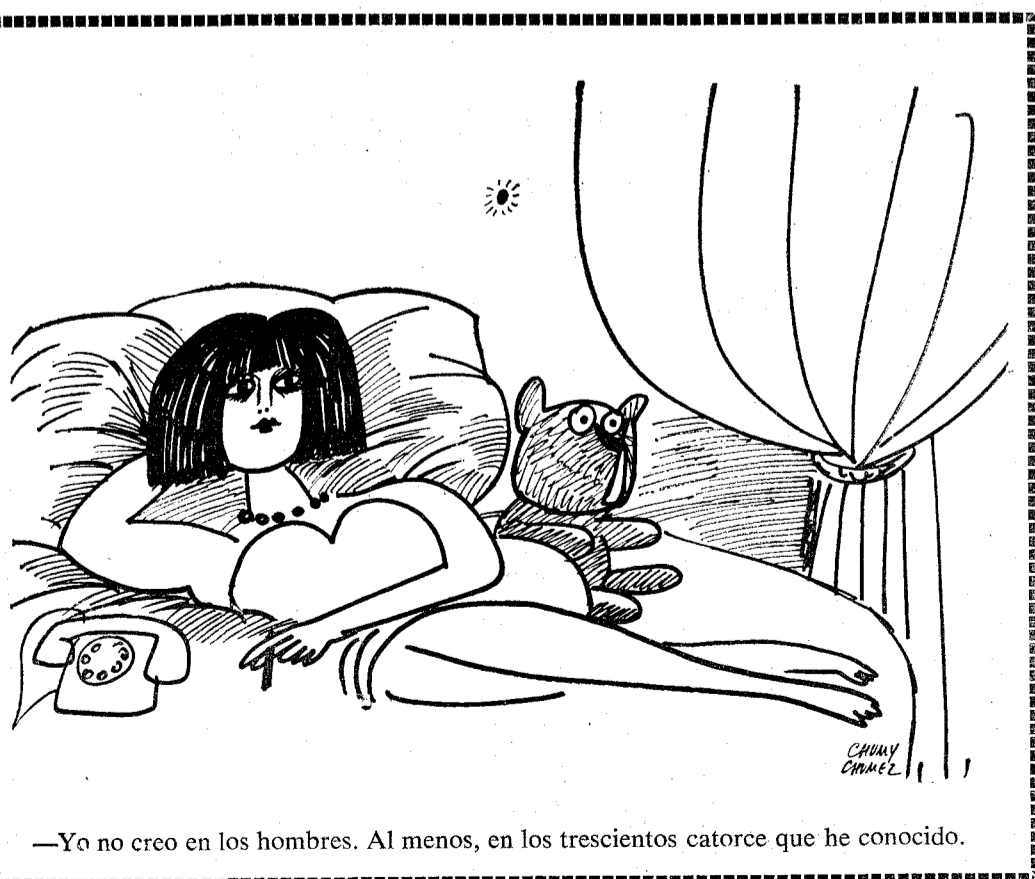
Consciente de sus responsabilidades como hombre y político, Chaban-Delmas lanzó desde la jefatura del Gobierno el "slogan" de la "Nueva Sociedad", que viene a ser un resumen del "Nuevo Trato" de Roosevelt y la "Gran Sociedad" de Johnson. La declaración de guerra del secretario general de la C. G. T., señor Séguy, ponía en peligro toda aquella esperanza.

Afortunadamente, al iniciarse el período de vacaciones en Francia y, por lo tanto, al terminarse el primer capítulo del año social, la situación aparece mucho mejor de lo que se había esperado. Hemos asistido estos últimos meses a una serie de contactos entre patronos y obreros, estimulados por el Gobierno, que se han producido en mejoras muy sensibles de la clase trabajadora. Se calcula que el salario medio ha aumentado en este período en un 10 por 100. Pero lo más importante han sido dos grandes reformas que pueden cambiar la estructura social francesa. Nos referimos a la "mensualización" de los salarios y a la formación profesional extendida a todo el país. La primera reforma puede tener consecuencias psicológicas considerables. Los obreros no perciben ya más salarios horarios pagados semanalmente, sino que cobran un sueldo mensual calculado, como el de los empleados, en función de datos anuales de producción. La mensualización no es, pues, una simple operación de contabilidad, sino que constituye una mejora jerárquica del obrero en la escala del trabajo, y se traduce en más salario y más seguridad. Son evidentes también los beneficios de la "formación profesional". Vive actualmente Francia un período caracterizado por la concentración industrial que determina nuevas necesidades, de más alto nivel profesional en los obreros empleados. Una de las causas del llamado "paro técnico" residía precisamente en la incapacidad profesional de los obreros que perdían el empleo a causa de la concentración industrial, para ocupar nuevos cargos de más complejidad técnica. Mediante la mensualización y la mejora profesional, los obreros franceses han subido dos escalones considerables en su ascenso humano y social.

POR FRANCIA

Un hecho anecdótico muy significativo, sin embargo, nos da idea de aquel nuevo ambiente psicológico. El 9 de julio pasado, y para celebrar los acuerdos de formación profesional, tomaron una copa de champagne y brindaron juntos por la prosperidad de Francia el señor Krasucki, en nombre de la C. G. T. (comunista); el señor Lucas, representante de la C. F. D. T. (demócrata), y el señor Louet, uno de los jefes de la F. O. (socialista). Junto a ellos, y en conmemoración del mismo acontecimiento social, se encontraba el señor Cayrac, jefe de la Organización de los Patronos Franceses. Era la primera vez, en efecto, que patronos y obreros franceses se encontraban "del mismo lado de la barricada" para afirmar la fe en los destinos históricos de su país. Chaban-Delmas, que ha sido estos últimos tiempos muy combatido por el ala derecha del partido gubernamental, habrá encontrado en aquella insólita reunión un argumento muy positivo para defender su política de la "Nueva Sociedad".

J. M.



—Yo no creo en los hombres. Al menos, en los trescientos catorce que he conocido.